Javier López de Casenave - CONICET, 2000

Adaptabilidad del hornero a los espacios urbanos y periurbanos transformados

El hornero (*Furnarius rufus*), ave emblemática de la Argentina y declarada ave nacional en 1928, es un ejemplo claro de cómo algunas especies silvestres pueden adaptarse exitosamente a los cambios provocados por el ser humano en el ambiente. La transformación del paisaje natural en espacios urbanos o periurbanos, a menudo implica la pérdida de hábitats, la contaminación, la alteración del suelo y la reducción de la biodiversidad. Sin embargo, el hornero ha sabido enfrentar estos desafíos mediante una serie de características biológicas, ecológicas y comportamentales que lo convierten en un habitante frecuente y resiliente de pueblos y ciudades.

Una de las principales razones por las que el hornero logra habitar en zonas urbanizadas es su gran flexibilidad en la elección del lugar para construir su nido. A diferencia de otras aves que necesitan árboles específicos o refugios naturales determinados, el hornero utiliza una amplia variedad de estructuras artificiales para construir su característico nido de barro, como postes de luz, columnas de cemento, aleros de techos, señales de tránsito e incluso maquinaria abandonada. Esta capacidad para aprovechar estructuras construidas por el ser humano le permite no depender exclusivamente del entorno natural original, lo cual es clave para sobrevivir en áreas transformadas.

El nido del hornero no solo es emblemático por su forma redondeada y su entrada en espiral, sino que también cumple una función muy importante en su adaptación. El diseño cerrado del nido actúa como una barrera natural contra predadores, lluvia, viento y cambios bruscos de temperatura, lo que protege tanto a los huevos como a los pichones durante la etapa de cría. Esto es especialmente importante en zonas urbanas, donde el clima puede ser más extremo debido al efecto de "isla de calor" y donde hay una mayor presencia de especies introducidas o domésticas (como gatos o ratas) que podrían atacar a las aves.

Otra característica fundamental del hornero es su dieta generalista. Se alimenta principalmente de pequeños insectos y otros invertebrados que encuentra caminando por el suelo, escarbando con su pico entre hojas, tierra y restos vegetales. En los ambientes urbanos y periurbanos, donde puede haber menor variedad de especies, esta capacidad de aprovechar lo que está disponible —incluyendo insectos que proliferan en zonas húmedas o en cercanías de residuos— es una ventaja ecológica importante. No necesita un tipo específico de presa ni un ambiente altamente conservado para obtener alimento.

Desde el punto de vista del comportamiento, el hornero es un ave territorial y monógama, que forma parejas estables y defiende activamente su territorio mediante vocalizaciones y actitudes corporales. Esta estabilidad social le permite establecerse de manera duradera en una zona determinada, aprovechando al máximo los recursos disponibles sin tener que migrar o competir constantemente por espacio. Su canto, además de ser distintivo, tiene funciones de comunicación que refuerzan el vínculo con su pareja y advierten a otros individuos que ese espacio ya está ocupado.

Es importante destacar también que el hornero no depende exclusivamente de los bosques nativos ni de ecosistemas específicos, como sí ocurre con otras especies más sensibles a la transformación del hábitat. Puede vivir tanto en zonas rurales, como en barrios suburbanos, parques, plazas e incluso en zonas muy urbanizadas. Esta capacidad de adaptación a diferentes tipos de paisajes es otra de sus grandes fortalezas.

El hornero posee una serie de características que explican su presencia frecuente y exitosa en entornos urbanos y periurbanos transformados: su capacidad de construir nidos en estructuras artificiales, su dieta flexible, su comportamiento territorial y estable, y su tolerancia a la actividad humana. Estas cualidades lo convierten no solo en un símbolo nacional, sino también en un ejemplo de cómo algunas especies pueden adaptarse a los cambios ambientales que produce el ser humano. Comprender estos procesos de adaptación resulta fundamental para promover la educación ambiental y reflexionar sobre cómo nuestras acciones modifican los ecosistemas, generando tanto desafíos como nuevas oportunidades para la vida silvestre.